



CONEXIÓN CON LA IMAGEN



JUARISTAS

Leandro Valle, Melchor Ocampo y Santos Degollado fueron muertos entre el 3 y 23 de junio de 1861 y en la actualidad los restos de los tres reposan en la Rotonda de las Personas Ilustres.

Fotos: Cortesía INEHRM

Los patricios Valle, Ocampo y Degollado

POR ROBERTO E. DE LOS MONTEROS*
comunidad@nuevoexcelsior.com.mx

Junio de 1861 fue un mes trágico para las fuerzas liberales que enfrentaban entonces una encarnizada lucha política y militar contra el bando conservador. Entre los días 3 y 23 de ese funesto mes, tres insignes liberales, Melchor Ocampo, Santos Degollado y Leandro Valle, fueron asesinados en escenarios distintos de ese México dividido.

El 30 de mayo de 1861, Melchor Ocampo despidió a sus hijas Petra y Lucila, quienes dejaban su hacienda Pomoca (Michoacán) para dirigirse a Maravatío. Horas más tarde, las gavillas conservadoras que merodeaban la región llegaron a Pomoca. Lindoro Cajiga, cabecilla de esos hombres, aprehendió a Ocampo con la intención de presentarlo ante Leonardo Márquez, uno de los jefes conservadores aún activos tras la derrota del grueso del ejército conservador.

Llevando al prisionero consigo, Cajiga y sus hombres cruzaron Panteón para dirigirse a Maravatío, y en la tarde del día siguiente arribaron a Tepetongo, todavía en territorio michoacano. Como el tiempo apremiaba, Cajiga apresuró el galope para entregarlo en Huapango, Timilpan, Estado de México, a Márquez y a Félix Zuloaga, el otro jefe de los levantados.

De ahí, los cabecillas conservadores optaron por dirigirse hacia Tepeji del Río (actual estado de Hidalgo); ahí llegaron en la mañana del 3 de junio; en ese lugar, el prisionero fue encerrado en el cuarto número 8 del mesón de Las Palomas. A tan sólo unos metros de distancia, Márquez y Zuloaga deliberaban sobre el destino de quien era uno de los pilares de la Reforma liberal.

A las 10 de la mañana, Ocampo fue notificado de su fusilamiento. Durante su cautiverio, un hombre llamado Nicolás Alcántara le proporcionó tinta y papel para es-

En menos de un mes los tres liberales, fieles al presidente Benito Juárez, fueron asesinados en diferentes escenarios del México decimonónico a manos de las fuerzas conservadoras

cribir su testamento. En un párrafo expresó: "Me despido de todos mis buenos amigos y de todos los que me han amovido y de poco o en mucho, y muero creyendo que he hecho por el servicio de mi país cuanto he creído en consecuencia que era bueno".

A las 2 de la tarde montó un caballo escoltado por otros jinetes con destino al patíbulo, no sin antes rechazar el auxilio espiritual del cura Domingo M. Morales: "Padre, estoy bien con Dios, y él está bien conmigo".

Vigilado por el pelotón de fusilamiento, retomó nuevamente el camino de Occidente, pero por poco tiempo, ya que el jefe de la escolta, Antonio Andrade, le ordenó bajar de la cabalgadura. Los hombres de Márquez dispararon al pecho y cabeza del reformador, para de inmediato colgar el cuerpo inerente en un pirul. Los asesinos huieron. Algunas horas pasaron antes de que el cadáver fuera rescatado y trasladado con grandes honores a la Ciudad de México para ser sepultado el 6 de junio en el Panteón de San Fernando, su corazón, en cambio, fue depositado en el Colegio de San Nicolás, en la ciudad de Morelia.

Tras saber la noticia del asesinato, el presidente Benito Juárez sintió hondo pesar por la muerte del amigo y leal servidor a la causa liberal. Por ello, decretó que los asesinos Félix Zuloaga, Leonardo Márquez, Tomás Mejía, José María Cobos, Juan Vicario, Lindoro Cajigas y Manuel Lozada quedaban fuera de la ley y que recompensaría con diez mil pesos al que

"libertare a la sociedad de cualquiera de estos monstruos".

Por su parte, el general Santos Degollado actuó de inmediato para vengar la muerte del ex ministro de Estado; el 4 de junio se presentó en el Congreso y pidió permiso para salir a campaña. En esos días, Degollado era un general sin mando de tropas, procesado por negociar la pacificación del país con el encargado de negocios británico George W. Mathews, dejando de lado a Juárez. Quizá para lavar su nombre optó por llevar a cabo tal aventura y, con el consentimiento del Congreso, el 7 de junio emprendió su viaje rumbo a Toluca.

La expedición punitiva estaba integrada por el Batallón de Rifleros de San Luis y el Cuerpo de Lanceros de la Libertad, proporcionados por el gobernador del Estado de México, Felipe Berriozábal. En realidad, la tropa estaba mal armada y sus oficiales necesitaban caballos y equipo.

El 15 de junio una columna emprendió la incursión al cerro de La Pila para encontrar ahí la muerte: los hombres a quienes los liberales perseguían comenzaron a emboscarlos, diezmarlos y hacerlos retroceder. Al poco tiempo, Degollado se encontró rodeado por las partidas de José María Gálvez y de *El Chato* Alejandro Gutiérrez. Sin parque, y presas de la desesperación, los soldados liberales fueron dispersándose. Acompañado por el teniente coronel Castañeda, Santos huyó hasta los llanos de Salazar. En el intento por escapar, una bala que disparó el indio Neri se incrustó en la parte poste-

rior de su cabeza, *El Chato* lo hirió en el cuello y un tercero le disparó a quemarropa en el pecho.

Gálvez ordenó que su cuerpo fuese enterrado en Huixquilucan. Más de un año transcurrió hasta el 5 de julio de 1862, cuando sus restos fueron exhumados, trasladados a la Ciudad de México e inhumados en el Panteón Inglés, situado en los predios de Tlaxpana.

El 21 de junio de 1861, el ministro de la Guerra, Ignacio Zaragoza, pidió al Congreso que concediera licencia a Leandro Valle para dirigir las operaciones militares contra de Márquez, que en realidad no mandaba sólo a una gavilla de forajidos, sino a seis mil hombres que ponían en riesgo la frágil estabilidad del régimen juarista.

El día siguiente, Valle salió rumbo a Toluca. Alrededor de las 10 de la mañana del 23 de junio, la columna de Leandro Valle fue atacada por las avanzadas conservadoras de Márquez en el Monte de las Cruces. El enfrentamiento duró más de dos horas con la disminución de las fuerzas liberales. Valle resistió heroicamente, pero el embate del rival era mayor, por lo que, sable en mano y montado en su caballo San Pedro, optó por romper el sitio. Este intento resultó infructuoso, ya que Lindoro Cajiga le dio alcance en las lomas de Santa Fe.

Entonces fue conducido hasta La Marquesa, ante la presencia de Márquez, quien ordenó al capitán Manuel Beltrán y Puga pasarlo por las armas y colocar su cadáver en un paraje público "para escarmiento de los traidores". Más tarde, enterado de los acontecimientos, el general Berriozábal ordenó al coronel Tomás O'Horan buscar el cadáver.

Sus restos fueron trasladados a la Ciudad de México el 28 de junio y expuestos al público en el salón de sesiones del Ayuntamiento.

En nuestros días, los restos de los tres patricios reposan en la Rotonda de las Personas Ilustres.

*INVESTIGADOR DEL INEHRM